

¿Qué tiene que ver el contextualismo con el escepticismo?

Enrique Villanueva

En su trabajo¹ el profesor Robert Fogelin discute una tesis epistemológica de acuerdo con la cual el contextualismo tiene que ver con el escepticismo. Yo deseo concentrarme en lo que tiene que ver el contextualismo que Fogelin considera con la tesis escéptica radical².

1. *El propósito de Fogelin*

Fogelin sostiene un análisis de los fundamentos de ‘*S* conoce que *p*’ y los relaciona con los niveles de escrutinio que engendran, ambos, responsabilidad-epistémica-en-contexto y dudas hiperbólicas que son relevantes para las afirmaciones de conocimiento. El espectro del relativismo ronda con la posibilidad de que el contexto pudiera absorber los fundamentos, pero Fogelin no cae en ese error. El contexto llega a ser un instrumento útil que surge de un mecanismo epistémico que eleva el nivel de escrutinio lo cual, a su vez, permite enmendar las afirmaciones de conocimiento hechas de modo apresurado. Por otra parte, los niveles de contexto son un instrumento útil que localiza los movimientos del escéptico lo cual permite evitar entrar en disputa con lo que considera un afán desastroso, a saber, tratar de derrotar al escéptico radical.

2. *El mecanismo que eleva el nivel de escrutinio*

[...] la epistemología es una disciplina en la que reflexionamos sobre abrogadores (*defeaters*) remotos y, cuando lo hacemos de una manera irrestricta, nuestros compromisos epistémicos van diluyéndose de manera que privan a la epistemología de su objeto de estudio [Fogelin (2000), p. 57].

¿Qué clase de mecanismo es éste? El mecanismo funciona elevando el nivel de escrutinio y elevando los estándares de justificación haciendo que se eleven o incrementen los abrogadores de las afirmaciones de conocimiento; de acuerdo con esto, tiene resultados positivos y negativos.

Resultado positivo: cuando se lo aplica a los casos de tipo Gettier describe las afirmaciones de conocimiento hechas por un sujeto *S* desde un tercer punto de vista en el que otro sujeto, *ST*, tiene acceso a información adicional de la que carece *S* [Fogelin (2000), p. 66] y con ello introduce otro nivel de

escrutinio en el cual se pone de manifiesto que *S* se condujo con irresponsabilidad epistémica [Fogelin (2000), p. 66], y de esta manera queda explicado por qué descalificamos la afirmación de conocimiento.

Resultado negativo del mecanismo: hay un escrutinio filosófico constante [Fogelin (2000), p. 57] que eleva el nivel de inspección haciendo surgir posibles abrogadores que no se toman normalmente en consideración. En el nivel superior de escrutinio los estándares de justificación se vuelven más exigentes. Esos estándares de justificación “están profundamente inmersos en el contexto” [Fogelin (2000), p. 57] y al elevarlos

[...] ampliamos el rango de posibles abrogadores que tienen que eliminarse antes de que aceptemos alguna afirmación [de conocimiento] como justificada [Fogelin (2000), p. 61].

cuando esto sucede entramos en el siguiente sendero fatal:

[...] la teoría del conocimiento, cuando se practica en el contexto de un rango ilimitado de abrogadores [...] llevará inevitablemente a un escepticismo de un género radical [Fogelin (2000), p. 61].

3. *Epistemología trastornada*

Detengámonos a examinar lo que ha llevado a este resultado negativo. Primero, hubo una elevación del nivel de escrutinio haciendo que se ascendiera hasta un nuevo contexto en el que opera otro estándar de justificación más exigente y esto a su vez amplía el rango de posibles abrogadores sobresalientes (*salient*). Entonces, en segundo lugar, bajo el nuevo estándar la afirmación de conocer resulta derrotada, abrogada o anulada³. Este teórico continúa hurgando de modo que lleva a cabo un escrutinio ilimitado saltando cada vez a un nivel más alto en una sucesión de nuevos contextos.

[...] cuando hacemos epistemología es la saliencia es lo que afila sus fauces [las del escéptico]. [...] hacer epistemología puede convertir la saliencia en un arma mortal contra aquella [Fogelin (2000), p. 67].

Frente a este torrente de abrogadores ilimitados ninguna teoría del conocimiento puede tener éxito pues todos los fundamentos de las afirmaciones de conocimiento serán descalificados y sobrevendrá un escepticismo radical. No habrá suficientes fundamentos para sostener una sola afirmación de conocimiento. Desde el punto de vista del escéptico radical ‘fundamentos’ queda eliminado del juego de la justificación epistémica:

[...] la epistemología tiene el rasgo desagradable de que, cuando se toma en serio, destruye su propio objeto [Fogelin (2000) p. 67].

La epistemología desea lograr la seguridad del conocimiento e intenta eliminar todos los posibles abrogadores, pero al tratar de lograrlo se destruye a sí misma volviendo imposible establecer racionalmente cualquier afirmación de conocimiento. Todo vale, pues todos los estándares de justificación se vuelven ociosos en el nivel o contexto superior introducido por el propio epistemólogo.

4. Una cura para teorizar sobre el escéptico radical

¿Hay una cura para esta enfermedad epistemológica? Fogelin piensa que la hay. Hay que detener el mecanismo que eleva los niveles de escrutinio y que incrementa indefinidamente los estándares de justificación. Cuando este mecanismo queda fuera de control es cuando se vuelve fatal para la epistemología. ¿En dónde hay que pararlo? ¿En dónde surge la destrucción del objeto de estudio de la epistemología?

[...] yo la coloco en la tendencia del filósofo de dejar que el mecanismo (muy útil, por cierto) que eleva los niveles de escrutinio se torne hiperbólico [Fogelin (2000), p. 61].

Pero ¿cómo hacerlo sin caer en parroquialismo? ¿Cómo establecer un principio que provea un criterio para separar usos correctos de usos incorrectos del mecanismo que eleva los niveles de escrutinio? Fogelin asume una respuesta pirrónica: no seas víctima de abrogadores ilimitados y en consecuencia no intentes hacer ese tipo de epistemología.

A lo que debe ponerse fin, de acuerdo con Fogelin, es a la epistemología como una empresa gigantesca que trata de noquear todo posible abrogador, una empresa que no es apropiada para seres con capacidades epistemológicas finitas como son los humanos. Esa epistemología de tipo gigantesco constituye una tarea desproporcionada que sobrepasa las fuerzas epistémicas finitas con las que los humanos están dotados.

Entonces, de acuerdo con Fogelin, si no caemos en la trampa de tratar de noquear los infinitos abrogadores podremos llevar a cabo la tarea epistémica que resulta posible. La epistemología de tipo gigantesco tiene que abandonársela al escéptico radical:

[...] el campo de la epistemología se abandona completamente al escéptico teórico cuyos argumentos, nos dice Hume, “no admiten respuesta ni producen convicción alguna” o, como podría haberlo dicho de mejor manera, no producen convicción *duradera* [Fogelin (2000), p. 68].

Esos contextos elevados en donde crecen las dudas hiperbólicas deben abandonarse y ser entregados como regalo al escéptico. Los epistemólogos razonables deben olvidarse de esos contextos. Lejos de ser constitutivos (pueden llevar al relativismo) los contextos sólo son instrumentos heurísticos que ayudan a localizar las dificultades, como, por ejemplo, cuando el filósofo se extravía y se ve envuelto en un teorizar imposible.

Pero, como lo señalé antes, este argumento huele a parroquialismo. ¿Vamos a cerrar el juego a toda duda excepto aquellas que sean manejables, esto es, aquellas que pueden satisfacerse, eliminando las dudas más radicales? ¿Vamos a estipular que hay que eliminar de la consideración teórica a todos esos contextos superiores? ¿Y si sucediera que más allá de las apariencias nuestras afirmaciones de conocimiento descansan en una base inmensa de falsedad y creencias erróneas? ¿Debemos contentarnos con el consejo de darle la espalda a la posibilidad escéptica radical y ocuparnos solamente de las dudas y los niveles de escrutinio que podemos manejar al presente (en nuestra parroquia)? Éste parece ser el consejo de la desesperanza.

¿Y qué decir del argumento del escéptico radical? ¿Tenemos una respuesta adecuada para la dialéctica de su argumento? ¿O lo vamos a eliminar antes de ofrecer una detallada consideración a sus premisas y razones subyacentes, identificando las que tienen mayor peso frente a las que no pesan tanto, etc.? Se requiere una reconstrucción y examen comprensivo del argumento del escéptico antes de volverle las espaldas para ingresar en nuestra parroquia terráquea.

Fogelin no intenta presentar un argumento demostrativo en contra del escéptico radical; en su lugar, proporciona un consejo práctico de prudencia epistémica, algo como esto: no sigas al escéptico radical, apártate de los contextos que surgen en una espiral ascendente de escrutinio ilimitado y de estándares cada vez más exigentes que te van a llevar fatalmente a la duda hiperbólica. Nos advierte, en el espíritu del pirronismo, que nos abstengamos en ese tipo de teorización y nos contentemos en cambio con llevar a cabo aquellas tareas que son viables.

Pero no tenemos necesidad de apresurarnos y conceder la inabrogabilidad del escéptico radical. Como en otros casos, no tenemos que seguir el consejo de Hume. En lugar de eso podemos considerar esta situación en la que nos pone el escéptico radical como un caso más de ignorancia: simplemente no conocemos aún la manera de responderle al escéptico radical. Debemos abstenernos de la suficiencia y la arrogancia epistémicas afirmando que tenemos respuestas para todo problema. En lugar de esas actitudes epistémicas perniciosas es bueno considerarnos en un estado provisional: no sabemos si conocemos pero tampoco sabemos que no conocemos. Aun cuando apostamos a que conocemos, podemos estar abiertos a las dudas radicales cavando siempre en los fundamentos epistémicos, de manera que se amplíen las bases de nuestra confianza epistémica. Podemos seguir agregando elementos

objetivos a nuestras múltiples y variadas afirmaciones de conocimiento creando la posibilidad de una trasmutación de la que resulte una respuesta final, definitiva, para este escéptico radical.

Del hecho de que no sepamos cómo lidiar con las dudas del escéptico radical no se siguen conclusiones modales al efecto de que jamás podamos satisfacerlas⁴. La única cosa que se sigue es que en el presente carecemos de las herramientas teóricas para lidiar con un escéptico radical y que por lo tanto debemos trabajar más hasta construirlas. No tenemos un argumento demostrativo de que no podamos derrotar al escéptico radical. Puede haber una forma teórica que muestre que esas dudas hiperbólicas son erróneas al igual que la multiplicación de contextos que demandan un escrutinio crecientemente exigente. O puede existir una estrategia completamente diferente en contra del escéptico radical, una estrategia que, en la actualidad, somos incapaces de imaginar.

Conjeturo que elevar el contexto no es lo que causa la dificultad filosófica. Elevar el contexto y, de este modo, el nivel de escrutinio se convierte en un asunto serio debido a la ignorancia: el problema consiste en que ignoramos que no podemos detener y dejar descansar esta elevación que nos arrastra a la duda hiperbólica. Detrás del mecanismo del contexto que va surgiendo se mantiene el hecho determinante de nuestra ignorancia. Si no padeciéramos esa ignorancia la notoriedad no surgiría. El escéptico radical se lucra de nuestra ignorancia.

En consecuencia, deseo ofrecer un tipo de consejo filosófico diferente al de Fogelin: debemos continuar haciendo ambas cosas: formular estrategias que nos lleven a fraguar un argumento demostrativo en contra del escéptico radical y, al mismo tiempo, continuar con nuestras tareas epistemológicas. Podemos seguir haciendo epistemología, y podemos hacerla sin abjurar del escéptico radical. No tenemos que decidir todas las cuestiones epistémicas ahora mismo y, por encima de todo, no tenemos que tomar una posición definitiva sobre aquellas cuestiones que conciernen a los fundamentos. La cura para el escéptico radical no existe aún; mientras llega no nos encerremos en nuestra parroquia epistémica, por el contrario, salgamos de nuestra ignorancia.

No debemos ignorar al escéptico radical puesto que, después de todo, es él quien formula esas profundas afirmaciones que hacen de la epistemología una empresa apasionante, una empresa que alcanza a producir un estremecimiento heroico y sostenido en medio de una ignorancia envolvente.

*Instituto de Investigaciones Jurídicas
UNAM. Circuito Mario de la Cueva s/n,
Ciudad Universitaria, México D.F. 05410, México
E-mail: villaeva@servidor.unam.mx*

NOTAS

¹ Me refiero al trabajo del Profesor Fogelin “Contextualismo y externismo: cambiando una forma de escepticismo por otra” incluido en el presente volumen, pp. 5-70, y citado como Fogelin (2000).

² Fogelin se acoge a las tesis de David Lewis del contextualismo y el escepticismo; yo me limitaré a considerar las tesis de Fogelin solamente.

³ Adviértase que Fogelin no está constreñido a decir —en los casos de tipo Gettier, por ejemplo— que el sujeto en cuestión primero conoce y en el nuevo contexto deja de conocer; lo que Fogelin afirma es que la afirmación de conocimiento que parecía válida en un primer momento cesa de parecerlo (y esto se debe a la alteración que produce el mecanismo de un escrutinio más elevado). El sujeto nunca conoció.

⁴ Esta proclividad a saltar a conclusiones modales fue diagnosticada por Kant como parte de la dialéctica de la razón. Argumento este punto en mi “Ignorancia y conclusiones modales” (en prensa).